

naturales indios mucha continuacion y ejercicio en las cosas de virtud, mucha frecuentacion de los sacramentos y firmeza en las cosas de nuestra fe, que á los principios se les hacia muy grave. Y algunos se hallan que se dan muy deveras á la oracion mental y contemplacion. Todo esto es del bendito Fr. Francisco Jimenez, que lo escribió habrá cerca de cincuenta años, y despues acá lo hemos visto verificado en el aprovechamiento de los indios. Estando en España el varón de Dios Fr. Martin en el monesterio de Nuestra Señora de Monteceli, le fué revelado y vió en vision una cosa que era ofensa de Dios y en mucho perjuicio de los prójimos si no se remediara, y por industria del varon santo se remedió, á gloria de Nuestro Señor. Otras muchas revelaciones vió, que por evitar prolijidad no se ponen aquí.

CAPÍTULO XI.

De cómo el varon de Dios fué visto arrobado muchas veces, y de algunos milagros que de él se cuentan.

Arrobamientos de Fr. Martin de Valencia.

MUCHAS veces fué visto arrobado el santo Fr. Martin, y estar extático y fuera de sí, y elevado en espíritu, como lo estuvo cuasi ocho horas cuando en espíritu vió la conversion de estas gentes indianas estando en unos maitines en España, segun arriba se ha contado. Una vez estando huésped en el convento de S. Francisco de Salamanca, el hermano que hospedaba los frailes en el pueblo de Cantalapiedra, andaba solo por el convento mirándolo (porque á los tales se suele dar esta licencia), el cual llegando á la hospedería abrió acaso la puerta de la celda donde el siervo de Dios estaba aposentado. Y viólo estar puesto en cruz, y (á lo que le pareció) levantado del suelo, y temblándole todo el cuerpo y los brazos, de tal suerte que le causó admiracion y una espiritual consolacion en su alma. Quedó de esto aquel hermano muy edificado, y concibió nuevo amor y devocion á los frailes, más que hasta entonces les tenia. En el monesterio de Belvis, de la provincia de S. Gabriel, estando una vez predicando la pasion, y llegando á aquel paso cuando crucificaron á Cristo, fué tanto el sentimiento de su espíritu, que salió de sí, diciendo á grandes voces: «Clavo, clavo, clavo,» y se arrobó, quedándose yerto arrimado al púlpito. Estando así, un religioso gran siervo de Dios, llamado Fr. Diego de Almonte, que se halló presente, con fervor de espíritu y santa sinceridad comenzó á

dar voces, diciéndole: «Martin, Martin, estate allá, no vuelvas acá.» Llegaron algunos al santo, y tiráronle recio de la falda muchas veces, mas no volvió en sí. Hicieron tras esto en él muchas experiencias para que volviese y acabase el sermon, de que el auditorio llevaba mucho gusto, pero no aprovechó cosa. Y así al cabo de muy gran rato lo bajaron del púlpito, y sacado de la iglesia lo metieron en casa de un hidalgo devoto, donde rodeado de mucha gente, habiéndole punzado las carnes y hecho otras diligencias penosas, vino á abrir los ojos, y vuelto en sí dió un gran suspiro, y dijo: «Oh! Dios os perdone: ¿porqué me habeis fatigado tanto, quitándome tan gran consuelo?» Otras veces se arrobó de esta manera predicando la pasion, y la una de ellas que tornó en sí mas presto de lo que solia, quiso acabar su sermon, y era ya la gente ida. Morando en el mesmo monesterio de Belvis, yendo á la limosna á un lugar que se llama la Mesa de Ibor, siendo ya tarde, y habiendo saludado á la hermana que lo hospedaba, se recogió en oracion en un corral de la casa. Y siendo ya buen rato pasado de la noche, queriendo la hermana darle colacion, y viendo que no venia, lo buscó por toda la casa. Y como no lo hallase, salió al corral, y lo halló y vió en oracion á un rincon junto á un horno que allí estaba, elevado en Dios. Parecióle que estaba todo abrasado y encendido con gran resplandor, que lo rodeaba á él y al horno donde estaba arrimado y arrinconado orando. De lo cual admirada la hermana, relató despues esta grandeza que vió en el santo, y quedó de esto memoria en aquella tierra, que hasta hoy dura. Otra vez, estando el siervo de Dios en oracion, fuélo á llamar un religioso para cierto negocio que se ofrecia, y por voces que le dió no le respondió. Tanto era lo que estaba absorto en Dios por la oracion y contemplacion. Esto acaecia muchas veces, que los que lo iban á llamar, lo veian tan fuera de sí y les respondia tan asombrado como si despertara de un pesado sueño. Otras veces, aunque hablaba y comunicaba con los frailes, estaba como enajenado, que parecia no oia, ni veia, ni sentia con los sentidos corporales, porque tenia el espíritu con Dios, adonde mas propriamente estaba presente, que con los que hablaba. En el pueblo de Tlalmanalco, como entrase una vez descuidadamente en su celda Antonio de Nava, que á la sazón era allí alcalde mayor, halló al santo Fr. Martin en oracion, elevado en el aire sobre la tierra. Lo mismo afirman haber visto el primero marques del Valle D. Hernando Cortés, que lo visitaba muy á menudo. En el oratorio y cueva de Amaquemeca (segun refiere el padre Fr. Toribio,

uno de los doce), aparecieron al santo Fr. Martin los gloriosos S. Francisco y S. Antonio de Padua, y dejándolo en extremo consolado, le certificaron de parte de Dios, que era hijo de salvacion, y lo mesmo dice Fr. Francisco Jimenez, su íntimo compañero y arca de sus secretos. Un venerable religioso, llamado Fr. Bernardino de Sahagun, que vino á esta Nueva España cinco años despues de los primeros doce, refiere que siendo él conventual en el dicho pueblo de Tlalmanalco, fué á visitar aquella casa el santo Fr. Martin (que era custodio la segunda vez), y como era pública voz y fama que se arrobaba en la oracion, una mañana acabando de rezar las horas canónicas, viendo que se habia apartado el varon santo á un rincon que estaba á un lado del coro, tuvo voluntad de ir á ver cómo estaba. Y llegado al lugar de donde lo podia acechar, vió una claridad ó otra cosa semejante (que no pudo determinar qué fuese) que lo encandiló y privó de la vista, de suerte que no pudo ver cosa alguna, ni tampoco al siervo de Dios que allí estaba, y así se volvió atras turbado, y con miedo de lo que interior y exteriormente habia sentido.

CAPÍTULO XII.

De la muerte del bienaventurado varon Fr. Martin de Valencia.

ENTRE las muchas revelaciones que el santo varon tuvo, le fué tambien dado á entender que habia de morir en el campo y no en cama, como él lo dijo á un siervo de Dios, llamado Fr. Antonio Ortiz, mas de diez años antes de su muerte, mas no le fué revelado en qué manera. Y él, entendiendo por esto que habia de morir mártir, conforme á su deseo y á lo que á Nuestro Señor en sus oraciones cuotidianamente pedia, procuró en España de pasar á tierra de moros. Por esta causa, cuando le mandó la obediencia venir á esta tierra de la Nueva España á la conversion de los naturales de ella, que eran infieles, vino con gran júbilo y alegría de su alma, pensando hallar aquí lo que tanto deseaba. Despues, visto que no podia conseguir la palma del martirio entre estos indios, porque luego todos ellos sin dificultad alguna recibieron la fe y se sujetaron á la doctrina de la Iglesia, intentó de pasar á la China. Esto fué un año antes de su muerte, que fué el de mil y quinientos y treinta y tres, siendo custodio y prelado de los frailes de esta Nueva España la segunda vez. Mas como no hubo efecto esta su ida (como

atras se dijo), dió la vuelta para México, habiendo andado en este camino de ida y vuelta mas de trescientas leguas por los rodeos que llevó; y por la distancia del camino y asperezas de él, llegó á México muy fatigado y enfermo de una pierna. Con todo esto, por ser tiempo de cuaresma y pasion cuando vino, nunca se pudo acabar con él que se calzase unas sandalias, antes se anduvo descalzo y la pierna arrastrando y los piés corriendo sangre, alabando al Señor, como lo hacia en semejantes trabajos y enfermedades con que siempre lo visitaba. Y cuando las padecia, ninguno le vió curar con médico terreno ni procurar medicinas humanas, poniendo toda su confianza en solas las celestiales, y en solo el verdadero médico Jesucristo, á ejemplo de la bienaventurada Santa Águeda, vírgen y mártir. En este camino ganó mucho el varon de Dios de méritos y ganancias espirituales delante Nuestro Señor, porque allende el gran trabajo corporal, fuéle materia de darse mas á Dios con mas ímpetu y fervor de espíritu. Y bien se pareció cuando vino de esta jornada, que volvía otro nuevo hombre, segun lo mostraba por ejemplo de vida y de mas profunda humildad. En llegando, mereció (segun él lo deseaba) ser absuelto de la carga y oficio de prelación, porque luego como vino se cumplió el término de su trienio, y tenido capítulo y electo otro en custodio, se fué á recoger al monesterio de Tlalmanalco, y de allí se iba algunas veces al oratorio que antes habia hecho en una cueva del monte de Amaquemeca, aunque no dejaba de trabajar en la doctrina de los indios, especialmente en su ejercicio de enseñar los niños. Mas fué poco tiempo el que allí estuvo, porque luego, año de mil y quinientos y treinta y cuatro, le dió el mal de la muerte, que fué un dolor de costado. Antes que le diése, estando bueno, dia de S. Gabriel, dijo á su compañero: «Ya se acaba.» Á lo cual preguntó el compañero: «¿Qué, padre?» Y callando el siervo de Dios, de allí á poco tiempo tornó á decir: «La cabeza me duele.» Crecióle la enfermedad, por lo cual le fué forzoso volverse con su compañero al convento de Tlalmanalco, y allí recibió los santos sacramentos. Y por ser el mal agudo, los compañeros acordaron de llevarlo á la enfermería de México. Puesto en camino, y llegados con él al embarcadero de Ayozingo, lo metieron en una canoa para llevarlo por la laguna. Mas apenas entró en ella cuando sintió ser ya llegada la hora, y mandóse sacar á tierra para ponerse de rodillas. Estando así, dijo á su compañero Fr. Antonio Ortiz, á quien muchos años antes habia manifestado la revelacion que no habia de morir en cama: «Hermano, *fraudatus*

sum a desiderio meo.» Y volviéndose luego (por amor y deseo de su beatífica vision) á su Criador, encomendándole su alma, espiró. Quiso decir este varon apostólico en aquellas palabras, *fraudatus sum a desiderio meo*, «defraudado he quedado de mi deseo,» que quedaba defraudado de lo que deseó siempre su corazon, que era pasar de esta vida por martirio. Y que se habia engañado en pensar que habia de ver con sus propios ojos aquellas gentes de la China que el Señor le habia mostrado en espíritu. Empero no fué el varon santo engañado en la revelacion de que no habia de morir en cama, pues murió en la tierra desnuda, puesto de rodillas sobre ella. Volvieron los compañeros su cuerpo al monesterio de Tlalmanalco, y enteráronlo, puesto en un ataud de madera, en medio de la capilla mayor, cubierto con una lápida grande, escrito en ella su nombre; aunque esto último del ataud y lápida se hizo algunos días despues de su muerte, por mandado del custodio que le habia sucedido en el oficio, que vino luego á Tlalmanalco sabida su muerte. Y por ser el defuncto muy devoto del glorioso príncipe S. Miguel, dijo la misa del glorioso arcángel. Y una persona devota afirmó, que vió desde que se comenzó la Gloria hasta que el sacerdote consumió, al santo Fr. Martin estar levantado ante su sepultura con su hábito y cuerda, y las manos compuestas y metidas en las mangas como lo usan los frailes, y los ojos bajos, como se cuenta de S. Luis obispo. Tanto amor y celo tuvo á la santa pobreza, que aun despues de muerto, en su sepultura la quiso guardar. Porque quitándole del ataúd una tabla vieja y poniéndole otra nueva pintada, por devocion de un fraile, fueron oidos en la sepultura grandes ruidos, hasta que le tornaron á poner la tabla vieja y quitaron la nueva, que era curiosa.

CAPÍTULO XIII.

De cómo se perdió el cuerpo del varon de Dios Fr. Martin de Valencia.

ESTUVO este santo cuerpo hasta que se perdió (que fueron mas de treinta años), entero, porque la sepultura fué abierta muchas veces con deseo que religiosos, así de nuestra orden como de la de los predicadores, tenían de lo ver, y lo vieron muchos, porque los guardianes condescendian con ellos tambien en el mesmo deseo. Mas desde el año de mil y quinientos y sesenta y siete á esta parte no ha parecido, aunque el sepulcro se ha abierto algunas veces. Y entiendo fué permision divina el haberse totalmente perdido, porque

demasiada curiosidad, ó por mejor decir, tentacion, era andar enterrando y desenterrando tantas veces un cuerpo que era tenido en reputacion de santo. Y así en pena de esta irreverencia y tentacion, quitó Nuestro Señor tan santa prenda de aquel convento y la tiene guardada donde su Majestad sabe y es su voluntad, para cuando sea tiempo de manifestarse, que si no fuere en nuestro tiempo, será en el del juicio universal en la resurreccion de todos los que en este mundo nacieron, cuando tomarán sus cuerpos y se presentarán ante el tribunal de Cristo. Y yo, Fr. Gerónimo de Mendieta, que aquesto escribo, confieso haber caido en la mesma culpa y tentacion, pero de tal manera que no merecí verlo como los otros, porque fuí el primero que lo hallé menos. Lo cual aconteció de esta manera. El año de mil y quinientos y sesenta y siete, acompañando yo al ministro provincial de esta provincia del Santo Evangelio, que á la sazón era el padre Miguel Navarro, llegamos al pueblo de Tlalmanalco, donde estaba el sepulcro del santo varon. Y como habia oido de los mesmos que lo habian visto, religiosos de crédito, que estaba su cuerpo santo entero y sin alguna corrupcion, y que podria haber un año poco mas ó menos que se habia abierto su sepulcro la última vez, y lo habian visto, importuné y persuadí al dicho ministro que ambos lo fuésemos á ver. Y llevando con nosotros algunos indios que quitasen la lápida con barras de hierro y palancas, abierto el sepulcro y cavado hondo, no hallamos el cuerpo ni indicio de él, sino algunas astillejas ó briznas de madera que serian del ataud en que fué sepultado, cosa que nos dejó admirados y turbados. Hízose diligente inquisicion entre los indios principales del pueblo, y entre los que de ordinario sirven en el convento (porque sin venir á su noticia parecia imposible poderse sacar de allí el santo cuerpo), mas no se pudo hallar rastro entre ellos, ni menos lo supieron los frailes, ni hasta el día de hoy se ha podido saber cosa, con haberse publicado el año de mil y quinientos y ochenta unas letras apostólicas sobre este negocio, llenas de graves censuras.

CAPÍTULO XIV.

De algunos milagros que se cuentan de este varon santo.

EN esta tierra de la Nueva España pocos milagros públicos ha querido Nuestro Señor hacer ó obrar por sus siervos, con haber tenido tantos y tan apostólicos varones en el ministerio de la fun-

1 Corint. 14.

dacion de la fe. La causa de esto él solo la sabe, porque son secretos suyos y juicios incomprensibles. Y no falta razon para ello, pues los milagros (como dice S. Pablo) son para los infieles y incrédulos, y no para los fieles. Y como estos indios naturales de esta Nueva España con tanta facilidad y deseo recibieron la fe, no han sido menester milagros para la conversion de ellos. Del santo varon Fr. Martin algunos se cuentan, y de ellos diré solos dos ó tres que se tienen por mas ciertos en esta tierra, y otros dos que acontecieron en España. Llevando al siervo de Dios un niño muy enfermo en Tlamanalco para que lo baptizase, como tardase un poco el varon santo, antes que llegase murió el niño. Mostró de esto grande sentimiento Fr. Martin, y tomando el niño muerto en sus brazos, lo llevó y puso sobre un altar, y él se puso en oracion. De allí á poco volvió á tomar el niño vivo, y baptizado lo dió á quien lo habia traido. Este milagro se tiene por muy cierto, y cuando yo vine á esta Nueva España, que fué el año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, se traia muy en la memoria de los religiosos antiguos, que aun todavía vivian algunos de los doce primeros. Mas como en aquel tiempo los frailes eran pocos y andaban muy ocupados en la doctrina de los recién convertidos (que cuasi eran innumerables), y como no se pensaba que estas cosas se habian de escribir, no hubo quien las tomase á cargo, y así muchos se quedaron por averiguar. Uno de los religiosos que vieron el cuerpo del santo varon, entero, llamado Fr. Juan de Oviedo (el cual murió siendo guardian de Tecamachalco), estaba privado del sentido del olfacto, que no olía cosa alguna. Y abriendo la sepultura donde estaba el santo cuerpo, sintió fragancia de suavísimo olor, y fuéle restituido luego el olfacto, y de allí adelante hasta que murió no lo perdió. Contaba despues este religioso el milagro, para gloria de Dios y de su siervo Fr. Martin. Y decia más, que visto lo que él mesmo en sí experimentaba, le tomó codicia de llevar alguna reliquia de aquel venerable cuerpo, y poniéndolo por obra, secretamente le sacó un dedo de los menores, mas despues, al tiempo que se tornaba á cerrar la sepultura, tuvo escrúpulo de llevarlo y volviolo á echar dentro de ella. Los viejos y principales de la ciudad de Tlascala dan hoy dia testimonio de otra obra miraculosa del santo Fr. Martin. Y es que el año de mil y quinientos y veinte y ocho, siendo allí guardian el mesmo varon santo, hubo tan gran seca al tiempo que ya los maizales echaban su flor, que se iban secando y se caian al suelo de lacios y marchitos; tanto, que decian los indios nunca tal haber visto en tiempo de su

1554.

1528.

infidelidad. En esta necesidad tan grande acudieron al siervo de Dios, y con mucha instancia le pidieron suplicase á Nuestro Señor se apiadase de ellos y los socorriese en tan extrema necesidad. Estaba entonces edificado el monesterio en S. Francisco Cuitlixco, á la ladera del otro cerro, en vista del que agora está edificado en la mesma ciudad de Tlascala. Viendo, pues, el santo la necesidad y peticion de los naturales, díjoles que se juntasen para hacer procesion á una cruz ó humilladero que estaba donde despues se edificó la iglesia que agora es de la Natividad de Nuestra Señora. El santo viejo se desnudó el hábito, y de rodillas se fué azotando hasta la cruz, con ser todo cuesta arriba. Apenas ovieron acabado la procesion, cuando se armaron unas gruesas nubes y llovió aquella tarde un grande aguacero, y de allí adelante no faltó el agua. Lo semejante dicen los mesmos indios haber acaecido otra vez que los llevó en procesion á otro lugar llamado Tlaelpan, donde estaba otra cruz, y él se fué tambien azotando, y alcanzó de Nuestro Señor el agua, porque luego llovió, aunque la necesidad no era tanta como la otra vez. Tambien se dice que una mujer enferma sanó encomendándose al siervo de Dios Fr. Martin. Y que un religioso que era affigido de una grave tentacion, fué de ella por él librado, y que tambien resucitó un muerto á él encomendado. En España, antes que viniese á las Indias, morando en la casa de Nuestra Señora de los Ángeles, fué un dia á predicar á la villa de Santa Cruz, que era recámara del obispo de Coria, y llegó por la mañana ya alto el dia, y muy fatigado del camino á casa de los hermanos, en sazón que el hermano acababa de almorzar para irse al campo. Era este hermano devotísimo, y recibiendo con mucha gracia á Fr. Martin y á su compañero, dijo á su mujer que diese de almorzar á los frailes. La hermana le dijo que no tenia bocado de pan, que lo que habia en casa lo acababan él y sus mozos de almorzar. Pesóle de esto al hermano, y insistia mucho á la mujer que volviese á mirar si le habia quedado algun pedazo. Ella, sabiendo que no lo tenia, porfiaba que no lo habia en casa, de lo cual el hermano muy congojado insistia con ella que todavía buscasse si habia algun pan, confiado que no faltaria para los siervos de Dios. Fr. Martin, viendo con tal fe al hermano, le dijo á ella: «Hora, hermana, id y mirad si hallais algun pan en vuestro arcaz, pues nuestro hermano quiere que lo vais á ver.» Ella, por condescender con el santo, fué á su arcaz, y lo halló lleno de pan reciente y fresco. Por lo cual dió voces visto el milagro, y quedó desde entonces devotísima de los frailes, porque

no lo era tanto como su marido, y con mucha alegría y confianza acogió y regaló á los frailes de allí adelante. Otra vez, morando el siervo de Dios en Nuestra Señora de Rocamador, fué á la villa de la Torre, junto al Almendral, á pedir limosna, y llegó muy noche, con tiempo oscuro y tempestuoso de grande lluvia que les sobrevino; en tanta manera, que él y su compañero venian muy fatigados y hechos agua. Llegaron de esta manera á casa de los hermanos, que estaban ya en aquella hora acostados, la puerta de su casa cerrada y á oscuras. Ellos dieron de fuera golpes, diciendo: *Deo gratias*. La hermana era devotísima, y como oyó los golpes, dijo: «Ay! frailes son,» y fué á levantarse y á abrirles. El hermano la detuvo diciendo: «No son frailes, estad queda, dejaldo, que ellos no vienen á tal hora.» Pero perseverando los frailes en llamar, la hermana se levantó y cubrió, y fué para la puerta de la calle á abrirles, conociendo bien que eran frailes. Como la hermana iba á oscuras (y Dios que lo queria así), nunca pudo atinar con la puerta de su casa. Los frailes perseveraban, diciendo: «Abridnos, hermana, por amor de Dios, que perecemos aquí.» La buena hermana, acongojada de no topar con la puerta, y lastimada de sentir los frailes con tal tempestad en la calle, fué á buscar el candil y tampoco pudo dar con él. Fuése para su cocina para buscar fuego, y no pudo atinar con el hogar, ni con cosa que buscaba. Como en esto tardaba tanto, y los frailes compelidos por su necesidad insistian llamando, ella llorando dijo: «¡Ay, padres míos! que no atino con estas puertas, ni con cosa en mi casa.» Oído esto por Fr. Martin, dijo: «Jesus sea con nosotros.» Fué cosa maravillosa, que en el instante que el santo Fr. Martin nombró el dulcísimo y resplandeciente Nombre de Jesus, entró un rayo de claridad por entre las puertas adentro, tal que alumbró toda la casa, y la hermana se vió en ella como de día, y vió, y dió con su candil y lumbre y puertas, y abrió y metió á los siervos de Dios en su casa, alumbrada de la claridad divina, que le duró todo lo que fué necesario para este efecto, que fué buen rato.

CAPÍTULO XV.

De una carta que el siervo de Dios escribió al comisario general cismontano, dándole cuenta de lo que se hacia en la conversion de los indios.

DE este siervo de Dios se dice que escribió algunas cartas á España, dando verdadera relacion del trabajo que los religiosos en

aquel tiempo tenian, y del aprovechamiento de los naturales en las cosas de la fe cristiana, las cuales por la injuria de los tiempos se han perdido. Una tan sola se halla impresa de molde, inserta en ciertos libros latinos, la cual me pareció traducir en romance y poner en este lugar, para que de lo susodicho conste al cristiano lector. Escribióla año de mil y quinientos y treinta y uno, siendo custodio la segunda vez en esta provincia del Santo Evangelio, al padre Fr. Matías Vucinsens, de nacion frances, comisario general cismontano, de la orden de los menores. La cual dice así:

Reverendísimo padre: Fr. Martin de Valencia, custodio de la custodia del Santo Evangelio, y los demas frailes de la orden de los menores de la regular observancia que al presente están en esta Nueva España, hijos y súbditos de vuestra paternidad, damos la fiel obediencia y besamos las manos de vuestra paternidad. Nosotros ciertamente estamos puestos en las últimas partes del mundo, en Indias, en la Asia mayor, adonde primeramente se ha comenzado á predicar por vuestros hijos y súbditos el Evangelio de Cristo, y á brotar las nuevas plantas de la fe en los surcos que antes estaban secos. Porque la gracia del Salvador, embriagando con el vino de su divino amor sus arroyos (esto es, los predicadores de su Evangelio), con las goteras de sus palabras ha multiplicado los frutos de su labranza. Porque hablando verdad, y no por via de encarecimiento, mas de un millon de indios han sido bautizados por vuestros hijos, cada uno de los cuales (principalmente los doce que juntamente conmigo fueron enviados del reverendísimo señor cardenal de Santa Cruz, nuestro padre Fr. Francisco de los Angeles, siendo ministro general) ha bautizado mas de cien mil. Todos ellos (salvo yo) han aprendido la lengua de los indios, ó por mejor decir, diversas lenguas de ellos, y en ellas predicán y enseñan los misterios de nuestra fe á la innumerable multitud de gente que hay. Entre los mismos indios, los niños hijos de los grandes y principales nos dan muy buena esperanza de su salud espiritual. Son estos instruidos de nuestros frailes, y en vida y costumbres religiosamente criados en nuestros conventos, que quasi veinte tenemos ya edificados con muy ferviente devocion por manos de los mismos indios. En otras casas que tambien han edificado junto á nuestros conventos, tenemos mas de quinientos niños, en unas poco menos, y en otras muchos mas, los cuales están ya instruidos en la doctrina cristiana, y los hijos predicán á sus padres en particular, y en público en los púlpitos maravillosamente, y muchos de ellos son maestros de los otros niños. Cantan cada dia las horas de Nuestra Señora y la misa con mucha solemnidad y devocion. Levántanse cada noche á maitines en las iglesias á la mesma hora que los frailes. Son de tenacísima memoria, dóciles y claros, sin doblez alguna. Son pacíficos, que nunca se oye entre ellos contienda ni altercacion. Hablan mansamente, los ojos bajos. Las mujeres son de mucha honestidad y tienen naturalmente una mujeril vergüenza. Sus confesiones (en especial las de las mujeres) son de increíble pureza y de una nunca oída claridad. Reciben el santísimo sacramento de la Eucaristía con grande abundancia de lágrimas. Tienen en mucho y respetan á los religiosos, principalmente á los nuestros, que fueron los primeros que vieron y conocieron en su tierra, y por la gracia de Dios reciben de ellos muy buen ejemplo. Á ellos mas en particular que á los otros obedecen, y de ellos reciben con gran devocion los ayunos que han de ayunar, y los

1531.

Psal. 71.